

## VIERNES SANTO en la Pasión del Señor

Quizá la situación que llevamos viviendo desde hace días, con el confinamiento forzoso, con la enfermedad y muerte de personas cercanas y queridas, con el cese de la actividad económica que anticipa situaciones vitales muy difíciles para muchas personas trabajadoras, para muchas familias, con la incertidumbre que todo esto nos genera, con la soledad que experimentamos, con la distancia que pone entre nosotros, con... hace posible que podamos vivir la Pasión de Jesús con más intensidad. Quizá podamos sentir nosotros en carne propia su pasión, la pasión del mundo, la pasión de Dios.

Hoy –y mañana sábado– es un día en que se hace más denso el silencio de Dios. Un silencio que experimentó Jesús en su pasión, y de manera dramática en la Cruz. El silencio de Dios es estremecedor para los creyentes; para quienes ponemos la confianza de nuestra vida en Él.

El silencio que estos días nos pesa más. El que viven en soledad quienes están ingresados en los hospitales, en las UCI, sin poder recibir visitas, sin escuchar la voz cercana y cuidadora de sus seres queridos. El silencio de sus familias, sin recibir noticias continuadas sobre su estado.

El silencio más estremecedor es el silencio de la muerte. Ninguna reacción, ningún grito tan estremecedor ante el silencio de Dios como el de Jesús en la Cruz: *Dios mío, Dios mío, ¿por qué me has abandonado?* (Mt 27, 46)

Quizá hemos pasado por esa experiencia estos días. Hemos clamado al Señor, pidiendo que escuche nuestra voz, hemos sentido el silencio, como Jesús. Pero como él, solo si hemos reconocido al Dios oculto, podemos exigir su desvelamiento. El silencio de Dios se nos convierte en misterio cuando se conculcan valores como la vida, la verdad, la dignidad, la justicia; cuando se acumulan sufrimientos sobre personas y pueblos. Entonces nuestra fe es puesta a prueba. Y aparecen las preguntas: ¿Está Dios con nosotros? ¿Dónde está vuestro Dios?

Está ahí. Crucificado. *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios* (Mc 15, 39). Hace falta fe para ver a Dios en un Crucificado.

Quizá la única respuesta a ese silencio es una fe desnuda. Quizá ese silencio de Dios devuelve la pregunta a tantos responsables del sufrimiento de los inocentes. Quizá ese silencio de Dios no es ausencia, sino una forma provocativa de presencia. El silencio de Dios nos pide escuchar con más atención y profundidad los latidos de la historia humana. El sábado santo será puro silencio de Dios que invita a escuchar con atención y profundidad la historia del Crucificado.



Hoy te propongo:

Colocar en un lugar destacado una cruz. Seguro que la tienes en casa. Que tu mirada se cruce con la del Crucificado en algunos momentos.

En el silencio de este día, lee y medita en distintos momentos a lo largo del día las lecturas de la celebración de la Pasión del Señor.

Isaías 52,13 – 53,12  
 Hebreos 4, 14-16; 5, 7-9  
 Juan 18, 1 – 19, 42

Recorre con Jesús ese camino de la pasión, ese *vía crucis*. Ese camino de la Pasión que están recorriendo hoy los enfermos, las familias de los fallecidos, quienes ven agravada su situación de precariedad y pobreza, quienes sufren y seguirán sufriendo las consecuencias de este sistema que mata, de esta economía que excluye y descarta, del individualismo insolidario que abandona a tantas y tantos a su suerte...

Fíjate en tantas cruces, en tantos y tantas crucificados de este tiempo.

*Ora por todos ellos...*

*Ora por la Iglesia... por todo el Pueblo de Dios, por el papa Francisco, por nuestros obispos...*

*Ora por todos los creyentes, cristianos o no.*

*Ora por nuestras hermanas y hermanos que no creen.*

*Ora por los gobernantes que tienen la responsabilidad de responder a estas situaciones...*

*Ora por quienes sufren...*

*Ora por ti y por mí.*

Contempla ahora, en silencio, la Cruz. Adora la Cruz.

Mientras, de fondo, puede sonar el [Stabat Mater, de Arvo Pärt](#).

Y termina, orando, con este «Coloquio en un paisaje de angustia».

Dios Padre bueno, que te revelas a toda persona en medio de su angustia, que te manifiestas a los hombres y las mujeres en la debilidad de sus manos crucificadas, en la humildad luminosa de sus pesebres, en la dureza de sus herramientas, en el sudor de su esfuerzo, en el sinsentido de la muerte, en la cruz del dolor de cada día, en la agonía de la enfermedad, en las puertas cerradas de nuestros corazones cerrados.



Te damos gracias, Padre, porque nos acompañas, porque vienes también en mitad de las desgracias y las angustias del ser humano, porque eres el Dios sufriente y el Dios triunfante, Tú la sorpresa inesperada, el mensaje de salvación, la paradoja inquietante de que detrás de las desgracias hay un camino de luz y una paz posible que llega a nosotros desde lo alto, como en una nube, por encima de las ruinas del tiempo y de la historia.

Te damos gracias porque nos rescatas así de nuestra desesperanza y nos invitas a ser parte de lo imperecedero.

(Juan V. e Isa de la Gala)

Puedes seguir también la retransmisión del Vía Crucis con el papa Francisco.

